

## LA FUENTE DE LAS TRES GOTAS

Si las perlas se criasen con la abundancia de las rosas, valdría la docena de perlas á diez céntimos; si los diamantes cuajaran con la misma facilidad que el pedernal, un diamante se tendría en el mismo aprecio que el trozo de pedrusco que sirve para encender la yesca; y si la fuente cuyo nombre sirve de título á este cuento, produjese, en vez de tres gotas al año, un millón de gotas por minuto, nadie llevaría su recuerdo fijo en la imaginación, ni irían las personas de los pueblos inmediatos á ella, tres veces al año, á ver caer las tres cuentas líquidas de tan raro y poético manantial. Ser único, es ser inestimable; por eso alcanzan tan alta categoría, la flor del cáptus, Víctor Hugo, las cataratas del Niágara, la perla rosa, el cisne negro, Cristo, y muchas más singularidades de la tierra.

Cuesta sudores de imaginación, si se me permite el atrevimiento de frase, considerar los esfuerzos geológicos de la montaña que, durante doce meses, da á luz las tres gotas de agua: ¿serán semejantes esos esfuerzos, á los del genio que, durante su vida, produce tres obras magistrales? Dícese que las tres gotas de esa fuente (que acaso no exista más que en mi fantasía), son de un agua riquísima, deliciosa; que tienen la virtud de infundir en el alma de quien las bebe, la felicidad. Y como la felicidad escasea en el mundo, más aún que esas tres gotas de agua, tras de poseerla van á la fuente miles y miles de personas, esperando ver asomar, entre las grietas de la roca, una sola cuenta, un solo brillante, una sola perla líquida que traiga consigo la ventura humana. Lo más particular es que, durante los años de existencia de la fuente, no ha habido hombre ni mujer que llegue al pie del manantial en el momento en que caiga una sola de las tres lágrimas cristalinas. Es la persecución del ideal, sin encontrarle; la interminable caminata de la Humanidad hacia la quimera, que dicen que encierra la felicidad. Sísifo asciende á la cumbre de la montaña, bajo el peñasco, y antes de dejarlo arriba, resbala de sus hombros y cae: carga más pesada conduce el que lleva sobre su cabeza la desilusión de que, por mucho que los busque, no ha de conseguir jamás, ni tener un cisne negro, ni poseer una perla rosa, ni oír la palabra de Cristo, ni beber una de las tres gotas de agua que, premiosísimamente, supura en tan largo plazo la fuente de la dicha.

Dicen los viejos de los lugares vecinos á ella, que han encanecido yendo anualmente á ver si lograban, aunque no fuese más que una vez en su vida, humedecer sus labios con una gota; y añaden, que, á pesar de tener perdida la ilusión de conseguirlo, sienten, cuando llega el plazo de cada excursión, encenderles el corazón y el cerebro la esperanza,—esa lámpara colgada del espíritu, que todavía no se ha apagado la primera vez,—y contra su voluntad misma, emprenden el camino de la fuente. ¡Y qué camino! Primero hay que atravesar unos largos campos de zarzas que se enmarañan y revuelven, como montones de garras abiertas; después

hay que pisar, durante horas, sobre espinos rebeldes que hacen trizas los pies; y cuando se va ya sin aliento, desgarradas las carnes y goteante de sangre la piel, se llega al pie de una montaña, de ascensión casi vertical, y por ella hay que subir, si se quiere llegar allá arriba, donde está el seco caño de la fuente.

Llevar, en esas romerías del martirio, con qué alimentarse, unos panecillos que llaman *ilusiones*, peces que se nombran *deseos*, frutas que se designan *aspiraciones*, y otros alimentos capaces de hacer seguir adelante aun al más desquiciado por la fatiga. Empieza la ascensión al monte, y empiezan los horribles suplicios: unas personas clavan sus bastones en el suelo, por la puntiaguda contera, para no caer; otras se agarran á las grietas de las rocas; otras se llan á las manos las puntas de las matas y se mantienen en peligroso equilibrio. De pronto, se oye el tumbo de un cuerpo que rueda: los demás que ascienden le miran con ojos agrandados por el terror. Inmediatamente, se oye otro tumbo; es otro cuerpo que baja, vertiginoso, la pendiente; como caen hombres en una batalla, caen, acá y allá, por la falda de la agria sierra, cientos y cientos de personas, que van á morir en la sima.

El agua vulgar que llevan en bien guardados recipientes, se les acaba, y cuando los hombres más decididos llegan á la mitad del monte, sus labios van secos y ásperos, sus ojeras son espantables, su expresión es espeluznante, su mirada trágica, lúgubre. Aún falta la mitad del camino: ¡arriba, arriba! Algunos se sientan y échanse á llorar, desesperados de haber emprendido la ascensión; otros se tiran furiosamente de los cabellos; algunos mascan yerbas encontradas al paso, para refrescar, aunque sólo sea con jugos venenosos, las fauces. ¿Cuántos serán los que lleguen á la cumbre? Muy pocos, algunos, de los cuales parece tirar, desde arriba, un hilo fascinador de colores, un hilo irisado; el hilo de la esperanza. Ya están en lo alto los más valientes, ya tocan la piedra del manantial, ya luchan dramáticamente por aplicar los labios á la roca, á ver si baja una de las tres gotas de agua. ¡Seco el caño, seca la mole, secas las entrañas de la piedra! Entonces caen derribados al suelo y lloran amargamente: lloran, y evocan con la agostada imaginación las grandes masas de agua del mundo, los lagos de Suiza, el Misisipí, el Amazonas, las estruendosas Cataratas, el mar, en fin, ¡el Océano!

¡Llegar á él! ¡hundirse en sus descomunales ondas! ¡absorberlo de un sorbo gigantesco, infinito!...

Abarrotados sus músculos por el espanto, al ver que donde creían encontrar la felicidad hallan el término de la vida, retuércense en una desesperación última, y quedan en actitudes de eterno asombro, como si los hubiera cincelado la muerte.

¿Que cuál es la montaña donde existe la fuente de las tres gotas? Es la montaña de la humanidad, por la cual subimos en una romería que no se acaba nunca, cuantos anhelamos encontrar en ella la dicha terrenal.

SALVADOR RUEDA



SRTA. MERCEDES DE ARGILA NIQUI  
Alumna del Conservatorio del Liceo Barcelonés. Profesora, con nota de sobresaliente, y primeros premios en las clases de Composición y Armonía.  
Autora de la pieza de música que acompaña á este número.

## LA CANCIÓN DE LA SANGRE

FACETA

Soy blanca y roja; tengo la blancura de la nieve y el rojo del sol. Tengo la alba pureza de todo lo inmaculado y el obscuro color del fuego concentrado hasta lo indecible.

» Soy blanca y roja; pero ya alimento la vida vegetal ó la gran vida de los animales, el movimiento incesante es mi distintivo. Yo asciendo y bajo por las venas de los árboles, de los arbustos, de las plantas; yo corro sin detenerme por venas y arterias. Mi riego engendra la vida; mi presencia produce el calor; mi ausencia ocasiona la muerte. Cuando no llego adonde debo, la muerte aparece; la muerte que va precedida del frío inaguantable, de la gangrena sin cura.

» Soy blanca y roja; por mí alimentan plantas y animales; por mí ha logrado el hombre vencer las fuerzas ciegas de la Naturaleza. Tan generosa soy cuando aparezco blanca, como cuando envío oleadas rojas á través de los organismos superiores. Por mí crecen los bosques, se pueblan de arbustos las montañas, estallan en flores los botones, palpitan en el aire embalsamado las policromadas alas de las mariposas, vuelan los pájaros y cantan el himno eterno, sin palabra, y de admirable ritmo; por mí las luciérnagas encienden sus diminutos faros, las abejas liban la miel

del cáliz de las flores, triscan las ovejas, abren sus corolas las rosas y los claveles, y cuanto alienta, inmóvil ó semoviente, crece y vive y goza ó padece.

» Yo soy la que, al ser derramada, fecunda la tierra; yo soy la que alimenta la llama de la inteligencia. Yo doy la vida, que nace entre mis olas; yo produzco la muerte que llega muchas veces envuelta entre mis ondas. Yo produzco la palpitación que es signo de vida; yo soy el alma madre, el principio mismo del movimiento.

» Yo he recorrido en rojas oleadas los campos de batalla; yo he ascendido con fuerza incontrastable hacia los cerebros de soberana fuerza, para inspirar las ideas eternas como la inteligencia, claras como la luz, fuertes como la muerte. Yo soy el alma del alma, el espíritu del cerebro. Yo produzco el espasmo que engendra las ideas, que hace surgir la ciencia, que crea lo bueno y lo bello.

» Soy blanca y roja; fría como lo inmóvil, caliente como el impulso vital. Soy blanca para sustentar unas vidas y roja para alimentar otras; pero soy siempre fuerte, siempre soberana, siempre dueña y señora de la Vida!»



FANTASÍA JAPONESA; por JOSÉ PASSOS.

## EL RELOJERO DE AGORA

I

La historia de Carlos Benjamín era llana y monótona como la novela de un niño juicioso. Siendo pequeño, los extremos de su modestia y lo mollar de su condición, le relegaban a los últimos bancos de la escuela, posponiéndole a otros arrapiezos discolos y de menguado discurso que le aventaban en osadía, travesura y don de gentes. Las tardes de invierno, en vez de marcharse con sus condiscípulos a jugar al marro, ó á reñir batalla con la belicosa granjería de los arrabales, se iba solo á zancalear por las calles, entontecido y boquiabierto, mirando los escaparates de las tiendas.

Le gustaban los comercios de bisutería, con sus vistosos tinteros de plata repujada, sus pisapapeles que encerraban en el seno de su cristal convexo un semblante burlesco de Arlequín ó un paisaje suizo, sus figurinas de frágil arcilla, sus candelabros con pie de bronce, y otras mil baratijas en que su sencillo magín hallaba pacífica delectación y solaz: le agradaban también las sombrereras, llenas de gorras, de hongos, de sombreros flexibles y de sombreros de copa alta, que todos juntos simulaban el aspecto de una multitud mirada á vista de pájaro; y las vitrinas de las farmacias, con sus frascos guardadores de caramelos higiénicos y sabrosas pastillas, é iluminadas por un globo de cristal, verde como una esmeralda enorme, ó rojo como un rubí incandescente...

Pero las tiendas que más le cautivaban eran las relojerías: y las azotinas más memorables que su padre le dió, con mano dura y á telón alzado, las mereció por su desmedida afición á los relojes, que le quitaban de la memoria el recuerdo de su casa y de la escuela. Carlos Benjamín, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y las romas naricillas apoyadas sobre el cristal del escaparate, miraba con insaciable embeleso el grave perfil del relojero quien trabajaba junto á una mesita, bañada en la clara luz de un quinqué con pantalla verde. Benjamín le veía coger los relojes y hacerles la disección, arrancándoles aquellas diminutas maqui-



MI MODELO. — Acuarela de JOSÉ LLOVERA.

260

nillas que encierran entre sus engranajes la eternidad del tiempo... Los dedos del artista manipulaban con esa seguridad que inspira una larga práctica, quitando ruedas tan pequeñas y delgadas, que su levedad sólo podía ser sensible á un tacto muy ejercitado; y manejando palancas ahiladas como hebras metálicas, y disponiéndolo todo ordenadamente sobre un platillo. Aquella quietud y aquel menudo tragín eran cabalmente las dos circunstancias que más cautivaban la pasiva voluntad de Carlos: le parecía que allá dentro, tras aquel mostrador, se estaba bien, con frescura en verano y dulce abrigo en invierno, y que debía de ser altamente divertido el escudriñar aquellos prodigios infinitísimos de la mecánica, á través de un cristal de aumento.

Aquella caprichosa afición infantil prevaletió años después, y Carlos Benjamín entró de aprendiz en una relojería. Más tarde, los vaivenes y descabros de la vida le arrancaron de su ciudad natal, y, tras no pocas malandanzas, fué á dar con sus huesos y los restos de su fortuna, en el pueblecito de Agora, lindo caserío ribereño, arrullado por las ondas murmurantes del golfo valenciano.

Allí fué donde Carlos Benjamín pudo remediar el pésimo curso de sus negocios y montar una relojería grande y bien abastecida, y en donde años después, el Diablo, que todo lo añasca, le indujo á casarse, echándole así á su historia, con aquel matrimonio, una triste y desabrida segunda parte.

II

Dos cosas amargaban la existencia y molían la cristiana resignación de Carlos Benjamín. En el orden que pudiéramos llamar público, la ruda oposición que le hacía otro relojero llegado á Agora algunos meses antes que él; y en el orden privado ó doméstico, su suegra, encarnación terrible y agresiva del espíritu de contradicción, que denebaba cuanto él decía, y que no perdía coyuntura ni rípió de dar al traste con su autoridad marital.

Aquellos dos enemigos no tardaron en rendir el apocado corazón de Carlos Benjamín, que nunca sirvió para mucho, y en denigrarle al estado de simple máquina viviente, triste y pasiva.

En efecto, ¿de qué le servía ser un marido ejemplar, fiel y económico, y afanar toda suerte de comodidades para la rolliza lugareña que eligió por esposa, y ser padre amantísimo, si luego, todo aquel dulce concierto patriarcal de su casa, lo deshacían los intemperantes desafueros de su suegra, que no se cansaba de esgrimir su lengua de hacha, contrariándole y ridiculizándole á propósito de todo?... Y además, ¿de qué le valía ser el relojero mejor reputado de ocho leguas á la redonda, y contar entre sus parroquianos á todo lo más granadito de Agora, si el reloj principal del pueblo, el reloj de la iglesia, aquel que regía la existencia del vecindario y conforme al cual se arreglaban todos los relojes, estaba encomendado á la vigilancia y custodia del otro relojero, su implacable rival...

Esta última, era la humillación más grande y la pesadumbre más cruel de Carlos Benjamín; porque, aunque bastaba que él manifestase una opinión para que su madre política votase por la contraria, aquellos eran disturbios íntimos, temporales que corría á cencerros tapados; mientras que su rival de profesión le vencía diariamente y á todas horas, de un modo inapelable y desesperante, y aquellos bofetones sin mano, se los daban sus mejores amigos, sus parroquianos más antiguos.

—¡Hola, Benjamín!... ¿Sabe usted que el reloj que me compuso usted días pasados, no anda bien?...

—¿Qué tiene?

—No sé; pero ayer lo puse con arreglo al reloj de la iglesia, y en menos de doce horas ha adelantado más de cinco minutos...

—¿Y siempre igual?... ¿Por qué eran los relojes que él componía los que marchaban mal?... ¿Por qué había de ser infalible el reloj de la iglesia?... Carlos Benjamín acabó casi por convencerse de que no entendía un ardite en achaques de su oficio, y se dedicó al trabajo con redoblado ahínco, ideando engranajes nuevos y realizando tales progresos, que hubiera podido parangonarse, sin empacho, con el mejor relojero de Ginebra. Pero estos esfuerzos resultaron inútiles: su odiado alter-ego triunfaba siempre de un modo brutal y absurdo... ¡Sí, absurdo!... Porque Benjamín no sabía quien pudo otorgar aquella infalibilidad indiscutible al reloj de la iglesia; se maravillaba de que en este punto todos los vecinos estuviesen contestes, y hasta llegó á maliciar cierta diabólica relación entre el movimiento del reloj y el del sol; al extremo de que



BUSCANDO PATRIA. — EMIGRANTES A BORDO

Cuadro de RAFAEL ROMERO DE TORRES.

Existente en el Museo Nacional.

éste se detendría si aquel maldito dejase de andar durante mucho tiempo. El fenómeno continuó repitiéndose. Carlos iba al casino, á tomar café, y si por acaso el reloj de la iglesia marcaba alguna hora, todos los contertulios miraban los suyos; y luego, había aquello de...

—Benjamín, mi reloj adelanta... Benjamín, mi reloj atrasa...

Carlos hizo cuanto pudo por encargarse del cuidado de aquel reloj misterioso; pero el otro relojero era uña y carne del alcalde, y Benjamín no pudo echarle la zancadilla que meditaba: entonces se dió á decir que el reloj de la iglesia era un casco que no servía para maldita de Dios la cosa, y quedó admirado de que nadie opinase como él: aquel reloj era magnífico; además, no había otro...

—¿Cómo?—murmuraba Carlos, mesándose el cabello;—¿acaso los relojes que yo fabrico son relojes de juguete?...

—¿Qué existencia tan equívoca la suya!... Su suegra le negaba en su hogar, ante su mujer y sus hijos; el otro relojero le anulaba ante el público, puesto que sus relojes no valían, si el reloj de la iglesia no los garantizaba con una especie de visto bueno... ¡En verdad que había motivos para suicidarse!...

Pero no se suicidó, porque Carlos Benjamín no era hombre que tomase las adversidades de la tornadiza fortuna muy á pechos, y fueron transcurriendo los meses, hasta que el desdichado relojero tuvo la suerte de vencer en aquella desigual contienda y librarse, ya que no de todos sus enemigos, del que más le degradaba y afligía.

Sucedió, pues, que en la mañana de un domingo, se presentó en la relojería de Benjamín el mismísimo alcalde, acompañado del secretario del Ayuntamiento y de algunos amigos.

—Buenos días, don Carlos,—dijo el alcalde;—vengo á saber si quiere usted encargarse de cuidar el reloj de la iglesia...

—¿Y cómo así?—preguntó Benjamín estupefacto.

—Porque yo creo que el otro relojero, ó no entiende el oficio ó no cumple con sus obligaciones. Hoy, poco ha faltado para que ocurriese en la plaza una desgracia horrible!

Y seguidamente, y con gran regocijo y pasmo de Benjamín, refirió cómo, en el momento de estar sonando las campanadas de las doce y salir todo el señorío de misa, se rompió la cadena que sujetaba una de las pesas del reloj...

Benjamín lanzó un grito.

—¿Y mató á alguien?—dijo.

—No hirió ni mató á nadie, afortunadamente,—repuso el alcalde;—pero pudo haber matado... y por eso le propongo para relojero del Ayuntamiento, porque este accidente proviene de falta de cuidado. La pesa, al desprenderse, chocó en la cornisa de la torre y cayó á la plaza... ¡Mire usted qué casualidad!... Medio minuto después de haber pasado por allí la suegra de usted...

Escuchando aquello, Carlos Benjamín tuvo la visión neta de su felicidad; ¡ser relojero municipal, no tener suegra!... Un ensueño de ventura, malogrado por no haber caído aquella pesa redentora algunos momentos antes...

Y entonces tuvo una frase, la única tal vez, que pronunció en toda su vida; una frase admirable, admirable... de puro brutal:

—¡No me extraña!—exclamó;—yo siempre había dicho que ese reloj atrasaba!...

EDUARDO ZAMACOIS

261

ROMÁN RIBERA



R. Ribera

SALON ROBIRA: Fernando VII, 59.

EL RECURSO EN CAMPAÑA